

«ES MÁS FÁCIL RETRATAR LO MONSTRUOSO QUE LO BELLO»

Entrevista a
Javier Tomeo

Por Iván Humanes

Fotografías: Antonio Alonso



📖 JAVIER TOMEO (QUICENA, HUESCA, 1932) nos recibe para hablar de literatura y de monstruos. Escrita desde la concisión y el humor negro, su última novela, *Constructores de monstruos* (Alpha Decay), supone un regreso a su territorio más personal. Esta parodia de Frankenstein amplía al mismo tiempo su imaginario narrativo y se reivindica como una importante pieza de ese gran puzzle que ha estado construyendo durante toda su carrera.

Me gustaría comenzar por Quicena, Huesca, ¿cómo contempla ahora esos años?

Esos primeros años fueron maravillosos porque era otro mundo, otra sociedad, otra España, otras exigencias, con problemas de tipo tecnológico, si tú quieres, pero la gente se comunicaba más y mejor.

¿Cómo respondieron las editoriales de aquella España al envío de sus primeros libros?

Mal, como casi siempre ocurre con los

novatos. Era otro tipo de sociedad y de literatura, recién salidos de la Guerra Civil; lo único que interesaba a los editores eran las novelas sociales, el realismo. Y claro, mi literatura no encajaba con los gustos de los editores y era difícil. Una vez uno me dijo: «Eres una víctima de Kafka»; pero me lo decía como insultándome, casi. Interesaban novelas inspiradas en la Guerra Civil. Y esto, desgraciadamente, ha durado hasta ahora, porque aquí lo que interesan son las guerras civiles y los personajes de rabiosa actualidad. No me interesa para nada ese tipo de literatura. No la desprecio, cada uno hace lo que quiere.

Estudió Derecho y no deja de ser llamativo que autores como usted, o como Kafka, formados en esa disciplina, describan un mundo en el que las reglas se subvierten y dejen a un lado la racionalidad positivista...

Mis personajes, sobre todo, son los personajes del Ello. Del Yo, del Ello y del Superyó. Que se manifiestan un poco a

su gusto, sin tener en cuenta las reglas. Son gente rara. Y es la única forma en que me interesa escribir. No sé si sabría hacer una novela realista, del obrero que se enamora de la hija del jefe y van a la gran ciudad y tienen problemas de adaptación... no me interesa mucho. Prefiero estos personajes raros, extraños, que se manifiestan de una forma impulsiva, como a base de reacciones impensadas —*en cortocircuito*, llamaban algunos—, que tienen reacciones inesperadas. Actúan a partir de automatismos. Y por eso yo empiezo a escribir y no sé lo que va a pasar. En cierto modo son los personajes los que deciden el camino que siguen.

Cuando publicó sus Cuentos completos (Páginas de Espuma, 2012) habló de que vivimos en un régimen de colisión de derechos. Sí, realmente la situación es cada vez más difícil. Cada vez vivimos más en conflicto, ¿no? Casi no conozco el nombre de los vecinos. Estás solo. Aquí de lo



que se trata es de tener el mejor coche, de tener el mejor apartamento... todos queremos lo mejor.

Cuando dicen que usted es un autor de culto, ¿qué piensa?

Pienso mal, porque eso quiere decir que se vende muy poco. A pesar de todo, a fuerza de tener la cabeza dura como la tenemos los aragoneses, pues ahora ya tengo un grupo de lectores fieles, que no son ni mucho menos los lectores de un *best seller*, pero bueno, tengo a gente que espera mis libros. Hay fidelidad. Hay una cierta fidelidad. Y lo que es bueno de Alpha Decay es que el editor es un editor vocacional: le gustan los libros y le gusta hacer libros, tiene un gusto exquisito. Y no es un editor comercial. Evidentemente también tiene que vender, porque es una pequeña empresa en la que hay unos empleados y tiene que ganar dinero y amortizar los gastos, pero lo que a él le interesa es la literatura de verdad.

Pasando a Constructores de monstruos, su última novela, y hablando de esos monstruos, de los animales humanizados, de lo fantástico, de lo grotesco, lo goyesco...

Goyesco, ¡pinturas negras!

... ¿por qué Javier Tomeo llega a esa necesidad de narrar lo monstruoso? ¿Está ligada con una intención literaria de crítica social?

Para mí, el monstruo es una metáfora. Es más fácil retratar lo monstruoso que lo bello. La caricatura se me da mejor, la deformación, los esperpentos que ya inventó Ramón del Valle Inclán hace muchos años... El monstruo es una metáfora, sirve de consuelo a la gente vulgar, que dice: «Éste es más feo que yo». En esta novela se ve bastante bien.

¿Recuerda cómo fue el proceso creativo? ¿Sobrevino primero la imagen?

Primero siempre la imagen, luego lo que pasa es que visualizo estos fenómenos. Como te digo, escribo a base de intuiciones, y te podría decir que cuando

empiezo a escribir no sé qué voy a hacer. Sé que va a ser una obra «rarita», entre comillas, pero no sé qué voy a hacer. «A los personajes los planto y son ellos los que eligen los caminos», entre comillas también: en definitiva, el único responsable de lo que hacen soy yo; pero, en cierto modo, me abandono a un proceso onírico. Y los personajes van por donde les da la gana. Muchas veces ni siquiera sé qué voy a escribir. Pongo «el» y luego «hombre», y luego ya, poco a poco, quedo determinado por las palabras que ya he escrito y sigo un camino.

Defina Constructores de monstruos.

Pues lo definiría como un libro que tiene muchas lecturas. En una lectura superficial es una parodia de la historia de Frankenstein, el mito del Prometeo moderno. Y entonces es una parodia en la que unos constructores que pretenden un mundo mejor hacen un monstruo. Un monstruo que se convierte en un instrumento de represión, un instrumento manipulador, un instrumento al servicio de un tirano que con él pretende tener a los villanos en su sitio, sin rebelarse, un auténtico fenómeno de la naturaleza que ni siquiera cumple las expectativas para las que fue creado.

¿Todo señor (o todo poder) necesita crear sus monstruos para atemorizar a los campesinos, a la plebe?

Hay muchas clases de monstruos. Estamos viviendo en el país un momento muy difícil en el que hay cantidad de

Me molestan mucho esas novelas en las que tienes que leer dos páginas para saber dónde estás.

instrumentos para fastidiar a la gente. Piensa en las hipotecas, en los préstamos, etc. No dejan de ser monstruos de papel. En casi todas mis novelas sale siempre algún ser deformado; son metáforas.

En una de las páginas de la novela, uno de sus personajes dice del monstruo que es «la esperanza del hombre». ¿Todo monstruo es esperanza de hombre?

Spes hominis, que tú lo has estudiado en Derecho Penal. Todo monstruo es esperanza de hombre, no es un hombre.

Usted cree que ha llegado el momento de hacer otro tipo de literatura...

Sí, creo que la novela tiene que ser más dinámica. Lo otro son reportajes literarios, de mayor o menor valor, pero la literatura tiene que tener un formato más ágil. Vivimos en una época apresurada, la gente lee en el autobús, de parada a parada. Y veo yo a una secretaria (que normalmente son las que leen) con uno de esos libros que los ingleses quieren así de gordos, en el metro, y sólo puede leer una página y poner punto. Cuando llega al final ya no se acuerda del principio. Entonces ha de ser una literatura más impactante, y la brevedad es fundamental. Estos que están siempre rizando el rizo... estas novelas enormes... que no les niego el valor... porque claro, ¿quién va a negar el valor de *Guerra y paz* o *La montaña mágica*, que son enormes? Pero vivimos en otra época. No me gusta tampoco demasiado lo



que llaman minirelato, la literatura de minificción, que son seis o siete líneas, por ejemplo lo de Augusto Monterroso que decía que «Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí», y punto, nada más, todo lo demás lo tiene que poner la imaginación del lector. Aunque yo tengo un volumen de minirelatos, a ver si encuentro editor...

En la novela incluye algunos dibujos suyos; háblenos de ellos.

Me gusta mucho dibujar. En los años duros yo quise ser dibujante de cómics, hice muchas historias, incluso me enviaban argumentos y los dibujaba; claro, eran cosas malas. Pero me quedó siempre la cosa de dibujar, ¿no? Me gusta dibujar mis personajes e incluso dibujar la novela. Por ejemplo, en *Amado monstruo* tengo muchos dibujos del amado y del hijo, o en *El castillo de la carta cifrada*, donde dibujo el paisaje de la novela. Y algunas veces lo hago por necesidad. Tengo una obra que se llama *Patio interior*, que es una novela, como todas, muy rarita, donde hay una serie de personajes, quince o veinte, que coinciden en un teatro de barrio, de provincia, que no se conocen entre sí y se sienta cada

uno en su butaca en la platea. Creo recordar que hay una pareja de novios que van a la última fila a meterse mano, dos viejecitos están en la primera fila, un solitario, etc. Diecisiete. Y hay treinta y siete acomodadores que vigilan los movimientos de estos espectadores. El telón no se levanta nunca. A las nueve es la hora del estreno, y no; las nueve y cuarto... Pero nadie se atreve a protestar ni a moverse, porque está ese ejército de acomodadores, que es un poco como un aparato represivo (está escrito en la época de Franco). Y, claro, se mueven y hablan entre sí, y entonces tengo la necesidad de verlos porque no puedo incurrir en gazapos, decir que están en la fila uno cuando están en la cuatro, tengo que ser fiel, así que dibujo la platea con los personajes y cuando escribo me digo: ¿Dónde está este? Lo llamo «reflexiones gráficas», en realidad. Es divertido.

Y el humor, ¿qué nos dice del humor? Es fundamental en sus novelas.

Mira, vivimos en unos tiempos en los que hay que etiquetar las cosas para venderlas, decir: «¿Qué es esto?» Me parece que fue Jorge Herralde el que dijo que yo era

Todo monstruo es esperanza de hombre...

una inesperada colisión entre Kafka y Buñuel. Qué más quisiera yo, ¿no? Buñuel, como director y guionista, es una maravilla. «La sonrisa es el lenguaje de los hombres inteligentes»; la cita no es mía. La sonrisa, no la risa, comunicación... Cuando estaba en Alemania, por ejemplo (me han estrenado unas obras de teatro), y los personajes decían algo en alemán, que yo no entiendo ni gorda, y la gente se reía, no me gustaba. Porque no es esto. La sonrisa sí. Me gusta. Y claridad. Practico escribiendo lo que llaman «la economía del lenguaje». Si puedo contar una cosa con seis palabras no utilizo diez. Claridad. Me molestan mucho esas novelas en las que tienes que leer dos páginas para saber dónde estás. Claridad, claridad. Precisión. Por eso cuando llego a la página diez, noventa, ya no sé qué decir. Soy incapaz de escribir una novela de doscientas páginas. Y los de mi generación estamos un poco condicionados porque antiguamente, en las bases para concurrir a los concursos, pedían doscientos folios mecanografiados a doble espacio... y yo no llegaba nunca. Incluso algunas veces me excedí para cumplir estas bases y, claro, eran novelas malas. Y no sé, ¿por qué renunciar al humor? Esa es la inesperada colisión entre lo que lees, lo que te dicen y lo que esperas y resulta al leer. Esta diferencia entre lo que tú esperas y lo que finalmente resulta es lo que produce el humor. Además, ya te digo, muchas veces escribimos y no



sabemos por qué, por esas fuerzas que te empujan, que te llevan, que te arrastran. Y realmente los mejores críticos, los críticos buenos, son los que pueden hacer un psicoanálisis perfecto del autor, ¿no? Descubrir por qué escribes esto. Qué es lo que hay detrás de ti. Pero a mí no me interesa. Yo escribo y me desahogo.

Freud también es importante para usted, claro.

Exacto. En realidad Freud no sé si leyó a Kafka, supongo que sí. Pero su secretario sí que leyó mucho a Kafka y era un gran entendido en él. La teoría del Yo, del Ello y del Superyó. No puedo presumir de conocer a Kafka a fondo, pero sí que coincido con esta teoría que estudié

en Criminología. Muchas veces escribo y no sé qué más va a pasar, y cambio lo que todo el mundo espera, pero no de una forma consciente, no a propósito, no tengo la pretensión de ser gracioso, pero sí de sorprender. Y muchas veces pienso en ir a un psicólogo, o mejor a un psiquiatra, más o menos...

¿O a un crítico literario?

O a un crítico. Hay buenos críticos que te leen bien, ¿no? Pero tampoco le interesa a la gente quién eres tú. Yo no soy Pepito Grillo, no intento moralizar o dar consejos a la gente: cada uno que haga lo que quiera. Pero, en cierto modo, me gusta sorprender.

Dos nombres: Poe y Hamsun. ¿Le gustan esos escritores?

Poe mucho. Me gusta mucho. Y Hamsun también me enseñó, a pesar de que era un escritor de otro tiempo, de otra época, y de que era un poco nazi, etc. Pero es un gran autor, fue el primero que me enseñó que decir tres veces «no» equivale a «sí». La protagonista de *Pan* es una muchacha bellísima que a su novio, a su enamorado, le dice «no, no, no», se niega continuamente, y dijo: esto equivale a un «sí».

Regresando a sus Constructores de monstruos, ¿no le parece que los monstruos a veces tienen un componente de humanidad mucho mayor que el propio hombre?

Esto me hace pensar en las prostitutas, que muchas veces son más dulces y generosas y tienen más capacidad de perdón que las mujeres honradas, que son mucho más duras. O muchas veces los sinvergüenzas, en un momento determinado, son más fieles, más dulces, más buenos y más comprensivos que la gente correcta y dura, que un sargento de artillería. Pero vamos, prefiero no ser muy monstruo, nos quedaremos en un término aceptable.

Los mismos «constructores de monstruos» pueden ser buenos, aspirar a un buen fin, ¿no?

Son ambiciosos. No creo mucho en eso. En esto no estoy tan de acuerdo. En la vida el mundo evoluciona y tie-

ne que haber inventores; pero hay un gran componente de soberbia: lo que los dioses castigaron en Prometeo, la ambición de ser como Dios y robar el fuego de la montaña.

¿Cómo espera que reciban sus Constructores de monstruos?

Algún buen crítico hará una excelente crítica. Pero será como tirar una piedra a un estanque, se formará un chasquido, unos círculos concéntricos alrededor de donde haya caído la piedra, y luego enseguida el paisaje volverá a ser como siempre: monótono y aburrido. Pero sí, habrá gente que lo lea con gusto y habrá gente que tal vez no pase de la página dieciocho.

No creo.

Vamos a ver... Hay lectores, jóvenes sobre todo, que leen bien, que les gusta leer. Y Cuco, bueno, ahora ya es mayor, cuando tenía veinte años era una un lector fanático. Sé que tengo muchos lectores jóvenes.

¿Cuco es Enric Cucurella, el editor?

Sí, yo lo llamo así.

¿Hay algún personaje en la novela que esté dedicado al editor?

Sí, el barón de Cucurstein. Es que a él le gusta mucho lo gótico, lo extraño, lo estambótico. Le gusta mucho lo misterioso.

Y con respecto a lo que está por venir, ¿qué nos dice? ¿Qué tiene preparado?

Tengo una novela acabada, sin editor todavía, que me parece la mejor de las

que he escrito, sobre un recaudador de contribuciones, siempre muy kafkiano el tema. Llega a una ciudad a cobrar los impuestos de la gente y se encuentra con que ha desaparecido todo el mundo; a partir de ahí construyo una historia muy enloquecida. Ya está lista. Pero también coincido ahí. Alguien dijo, Juan Benet, que mis novelas eran parecidas. No recuerdo exactamente el término... Y es verdad, lo que varía es la perspectiva de los personajes, pero más o menos estás obsesionado por los mismos temas y esto se nota cuando escribes. Tengo un amigo que ha leído esta novela inédita y le encanta. Porque uno al final no puede opinar sobre su propia obra. Yo leo cosas mías y sé que van a haber cosas que me desesperen.

Porque usted es un estilista; ¿elabora constantemente lo que escribe?

El autor y su personaje hay un momento de la historia en el que coinciden: al final de la novela, cuando pongo fin. Pero, ¿qué pasa? El personaje se queda atrás y yo sigo avanzando, ya no coincido con él, y entonces es cuando tienes la obsesión de corregir. En fin, todas esas cosas. He trabajado mucho, ya se nota, tenía que haber salido a andar, a hacer deporte. Me divierte. Pero al mismo tiempo te obsesionas, porque cuando escribes tienes que estar continuamente pensando en lo que haces, y es una obsesión. Mala cosa escribir. Mala cosa. ●